



HOMENAJE A

Carlos
Fuentes

◆ HUGO VALDÉS ◆

Carlos Fuentes me marcó, primero, con su novela *La región más transparente*. Era imposible para un lector juvenil no sucumbir ante aquel despliegue de ambición y talento puestos al servicio de la recreación literaria de la ciudad más grande del planeta, con un elenco amplísimo que abarcaba todas las clases sociales. Lo que leí después, desde *Aura* hasta *La voluntad y la fortuna*, vino a confirmar, en mi experiencia de lector devoto y ya curtido, la vocación titánica de Fuentes de novelar el México que pisaba junto a todos sus pasados. A excepción de algunas novelas de los últimos años que desconozco, casi todos sus libros los he leído un mínimo de dos veces, y ello se ha debido a la fascinación por una prosa torrente, barroca, que se fue transformando para mejor desde *Los días enmascarados*.



Al contrario de lo que dice esta cita memorable de *El naranjo, o los círculos del tiempo*: “La imaginación insatisfecha es peligrosa y terrible. Conduce directamente al mal. Sólo dañamos a los demás cuando somos incapaces de imaginarlos”, Fuentes tuvo la sensibilidad y el genio para pensarnos a todos. Aún más: creo ahora que es la frase que mejor resume el cometido que se impuso Carlos a lo largo de casi sesenta años de una producción sostenida, pues remite a esa forma de mal, aventuro, que cancela cualquier propósito de generosidad y empatía para meternos, así sea por un instante, en la piel del otro a fin de entender sus razones, aunque no las tengamos que suscribir.

De hecho, otra de las temeridades heroicas que abrazó y enarbó Fuentes, a manera de divisa, de arte poética que se elevó a ética personal y literaria, fue aquella que expresó en alguno de los ensayos de *Valiente mundo nuevo*,



que era más o menos así: desearlo todo, imaginarlo todo, a condición de escribirlo todo y ello —abundo yo ahora— sin pausas, sin tiquismiquis, sin miramientos políticamente correctos, para poder mirarlo todo con esa avidez y hambre de aprehender lo más posible esa realidad sobre la que siempre supo Fuentes que es múltiple y simultánea, y por tanto inasible y acaso ilusoria.

Su literatura, en respuesta a esta condición inescapable a la que estamos sometidos los seres humanos, fue y es lo menos parecido a ese mundo engañoso, hecho de burlas y veras que habitamos, y que aquel se propuso examinar y descifrar echando mano del idioma, de la lengua de Castilla, para con ella confrontar a la carne, al demonio y al mundo, los perennes enemigos del alma según la doctrina católica, y que Fuentes asumió más bien como la sustancia de la que están hechos mujeres y hombres,



LEÇON ET LE SON (SIN TRADUCIR) / 2012 /
REGISTRO FOTOGRÁFICO CALLE EN PARÍS POR
ADRIÁN PROCEL.

en la que medran y se regodean, sueñan y mueren, hasta el fin de los tiempos. No por nada Fuentes aceptó para sí y su ejercicio literario acoger tanto una vigorosa visión realista como también una fantástica o sobrenatural, tal vez haciendo eco a su narrador de advocación, Honoré de Balzac, comprometido con las dos dimensiones, de manera que en su obra pueden coexistir *Las ilusiones perdidas* lo mismo que *La piel de zapa*.

Incapaz de encasillarse o permanecer en un solo registro, nuestro primer narrador pasará entonces de la novela de tesis, casi en la misma dirección en que la procuró Aldous Huxley, presentándola caleidoscópica y mural en *La región más transparente*, construida con un abanico de técnicas vertiginosas para presentarnos la escena alemanista pronta a desaparecer, esa alegre y larga farra que se organizó sobre las cenizas de la

revolución envilecida por sus propios artífices; al brillante y lúcido réquiem sobre el corrupto periodo que devino el panteón revolucionario una vez que se institucionalizó, en *La muerte de Artemio Cruz*, la galopante agonía del viejo general que se traiciona magníficamente a sí mismo y al ideario que lo llevó convencido antaño a la lucha armada, a cambio de emerger como uno de los nuevos ricos del nuevo país que parecía y creía ser México desde la gestión presidencial de Lázaro Cárdenas hasta la de Adolfo López Mateos; y de allí al microcosmos de sombras y ambigüedad que crea en *Aura*, una hermosa historia de amor y horror, de brujería y reencarnación, en la que se formula un tema muy caro a Fuentes, el de la persistencia de la identidad y su taimada conversión en diversos “yos” tributarios, por encima y al margen del tiempo, que resurgirá con sus variantes en libros que van de *Cumpleaños a Instinto de Inez*, pasando por *Una familia lejana*; y de allí a esa obra capital que es *Terra nostra*, examen de los mitos y arquetipos de la cultura española para sopesar la relación entre el viejo y el nuevo continente; y de allí a *Cristóbal Nonato*, la versión zumbona de un México desmembrado y reordenado en entidades dúplices, bajo el gobierno de una oposición beata que preside el máximo poder, en el entorno lúdico, posapocalíptico de nuestro país en caos; y de allí a *La voluntad y la fortuna*, una vuelta a los temas de juventud, al México picaresco que vivió el autor en su adolescencia, contrapuesto al actual, tutelado por consorcios y casi arrebatado por el poder del narcotráfico. Y de allí a tantos y tantos libros más de los que es imposible hablar en detalle en esta breve participación.

Sería en uno de los primeros que traje a mención, *La muerte de Artemio Cruz*, donde a sus lectores, yo uno entre ellos, se nos manifestó de todo lo que podía ser capaz alguien con las dotes demiúrgicas de Carlos Fuentes, logrando que el lenguaje que fluía en esta novela —así como en las que vendrían después, tanto como en su cuentística impecable— nos pareciera luminoso y afilado y al mismo tiempo ríspido y doliente, como recién acuñado para nuestros oídos, transformado y enriquecido por una voluntad, que sólo podía llamar voraz, de imaginarlo todo acerca del mexicano y del indoafroiberoamericano, como propuso llamar al latinoamericano a secas de hoy en día, sí, con la condición de escribirlo todo, sin escatimar recursos, tirándose siempre a fondo en la empresa.

Es natural también que muchos decidiéramos acogernos a este monumental surtidor de historias y personajes que es Carlos Fuentes, creciendo con él mientras recorriamos la obra ya publicada y la que se incorporaría a su proyecto total de *La edad del tiempo*: esa suerte de nación literaria, de república de anchos confines y numerosas capas de tiempo superpuestas sobre el mismo espacio, hecha sólo para habitar por Fuentes, tal como el condado de Yoknapatawpha tuvo por único dueño y propietario a William Faulkner.

Pese a la fascinación que ha ejercido en varias generaciones el autor de la poderosa *Cambio de piel* o la inubicable *Zona sagrada* o la mal comprendida y peor juzgada *Diana o la cazadora solitaria*, para nadie es un secreto que no es sencillo leer a Carlos Fuentes. De hecho, no tendría por qué serlo. La necesaria dificultad de sus mejores obras, las más ambiciosas, se explica con esta frase que él mismo escribiera sobre el español Juan Goytisolo: “Identificar literatura con ligereza y diversión en nombre de la accesibilidad popular, es hacerle un flaco servicio a la creación y a la democracia. A la larga, dañar a aquélla es socavar a ésta”.

Fuentes nos recuerda así que la literatura “no es juguete”, usando la expresión del habla nicaragüense que rescata Sergio Ramírez, amigo cercano de Fuentes, por cierto, en su formidable novela *Castigo divino*. No es juguete, en efecto, no es cosa de mero juego, para tomar a la ligera, aunque a ratos lo parezca o asuma apariencia lúdica para servir a los propósitos de uno u otro autor. Es, y ha sido, una actividad para tomarse muy en serio, incluso una actitud vital en el caso de creadores de la magnitud de Fuentes, quien a escritores y lectores nos ha dejado un legado enorme, pero también la responsabilidad de continuar urdiendo nuevas zonas narrativas teniendo como único respaldo para hacerlo con éxito, es decir, con decoro y perdurabilidad, la calidad de nuestra imaginación, a la que nos habría de encomendar Carlos en alguna de sus numerosas entrevistas.

No hay más herramienta que ésa, no hay otras ni mejores armas para establecer un compromiso con el tiempo que vivimos, con la tierra que hollamos y su

caudal de historia como lo estableció Fuentes con sus propios suelo y tiempo mexicanos, acometiendo él, y aun logrando, esa difícil tentativa que es la de convertirse en el espíritu de la época. Por ello habría de erigirse también en el lúcido cuestionador de la clase política acerca del modo en que se administra y rige un país, y luego ese país, el nuestro y muchas veces los que integran el continente, en el contexto de lo que siglo y medio atrás se denominaba “el concierto de las naciones”, en la búsqueda de un mundo mejor para todos. No olvido cómo gracias a su amplia visión llamó en su

momento, allá por 1993 en su libro de ensayos *Geografía de la novela*, a la necesidad de la tolerancia en un mundo con propensión a encerrarse en tribus y desconocer al otro, es decir, enfrentado al dilema y el riesgo que se abre entre la opción de mirar hacia dentro de sí para encerrarse en una parcela territorial que se defenderá como un sitiado, o

la de disolverse sin más en la globalidad.

Por haberlo comprendido muy bien desde joven, en *Diana o la cazadora solitaria* revelaría: “Todo escritor nace con el tiempo contado. Desde el momento en que se sienta a escribir, inicia una lucha contra la muerte”. Así encaró él su tarea ingente, única en México, aprovechando su residencia en la Tierra como si no hubiese mañana, para escribirlo todo y ganarle la partida al olvido y a la desmemoria colectivos. También habría de llegar a esta sosegada reflexión en *La voluntad y la fortuna*: “Cada hombre es sólo la espuma de una ola mientras vive, la grandeza es un accidente que la muerte no perdona porque ella es más grande que todo”. Acaso la muerte no le perdonó su grandeza y se lo llevó lejos porque ya era la hora, pero esa irrepentible espuma que fue Carlos Fuentes en vida no se ha disipado ni, creo, se disipará en muy largo rato. De lo que estoy cierto es que resolvió, al fin, la paradoja de la muerte, que entraña desear el pasado y recordar el futuro, y que allá donde esté ahora continúa tejiendo espléndidas conversaciones consigo mismo, como lo fueron todas y cada una de sus novelas, para seguirse entendiendo con el tiempo, su cantera y su némesis. ●

**FUENTES NOS RECUERDA
ASÍ QUE LA LITERATURA “NO
ES JUGUETE”, USANDO LA
EXPRESIÓN DEL HABLA NI-
CARAGÜENSE QUE RESCATA
SERGIO RAMÍREZ, AMIGO
CERCANO DE FUENTES**